

## Duelo teatral en Argentina

Carlos Ulanovsky

En las cercanías del último día de los trabajadores, la Asociación Argentina de Actores (un sindicato sistemáticamente perseguido por la represión) reclamó aumento salarial y libertad a los detenidos sin proceso; plena ocupación y la abolición de cualquier forma de discriminación cultural en cine, radio, televisión, teatro y organismos oficiales de cultura. Una respuesta inmediata a la solicitud, de autoría todavía impune, incluyó una rociadura con ácidos deteriorantes sobre el automóvil del actor Luis Brandoni, secretario general del gremio.

El martes 28 de julio se inició, en una temporada prevista para dos meses, una experiencia única en el mundo y que hizo revivir las esperanzas de toda la gente vinculada al teatro en la Argentina: Teatro Abierto. Subirían a escena 21 obras (de no más de 30 minutos), especialmente escritas para la ocasión por 21 autores nacionales. Realizadas por 21 directores e interpretadas por 21 elencos distintos (unos 150 actores en total), las 21 piezas semanales se verían a razón de tres por jornada, consecutivamente interpretadas, con cambios de escenografía frente a los espectadores. La adhesión del público fue notable. Con desbordado fervor apoyó la audaz experiencia, insólita para una plaza gélida y deprimida, en la que la gente dejó de ir al teatro en los años pasados por la situación económica y por la fuerte censura y autocensura imperantes. A la 1:30 de la madrugada del jueves 6 de agosto, luego del octavo día de representación y cuando aún no se habían estrenado dos de las obras, un incendio de causas inexplicadas, aunque sobran razones como para catalogarlo como atentado intencional, destruyó por completo el Teatro del Picadero y obligó a interrumpir el mayor acontecimiento cultural argentino desde el 24 de marzo de 1976.

Merece algunas reflexiones el doloroso episodio. El proyecto, de acuerdo con declaraciones previas de los organizadores, intentaba "demostrar la vigencia y vitalidad del teatro argentino" y "ejercitar en forma adulta nuestro derecho a la libertad de expresión", además de "mirarse en un espejo honesto, imaginativo, audaz y por sobre todo argentino".

El acontecimiento tuvo (tiene) tanto de desafío tácito al poder que debió ser, una vez más para la ya castigadísima cultura argentina, acallado con violencia. Durante los pocos días de su duración, la acogida y repercusión populares que tuvo resultaron admirables: en algún sentido, representaba los

legítimos deseos de modificar la situación. Para el teatro argentino, el ambicioso plan llegaba en un momento difícil en que, por carencia de demanda, muchos teatros se habían visto obligados a dar sus funciones únicamente en los fines de semana. Pero la prueba máxima de existencia del teatro argentino la ofrecen estas 21 obras nuevas, escritas todas en tiempos de dura represión.

Cabe señalar que, por lo que a mí me consta, dos directores, seis autores y cuatro actores, de los participantes directos en el proyecto, estuvieron en estos últimos siete años fuera de la Argentina, momentáneamente exiliados. Asimismo, una veintena de ellos integraron (y aún integran) listas de prohibidos, o sea que les está impedido realizar aquellas actividades como cine y TV, administradas por el Estado. Esto, que funciona como advertencia y freno a posibles futuros proyectos de similar audacia, afirma nuestra idea sobre los procedimientos del poder, que no olvida ni perdona, menos aún cuando lo que está en juego es la reivindicación de la inteligencia.

Lo que siguió al siniestro fue una dolorosa decepción y una intensa movilización cultural, que incluyó el ofrecimiento de 16 salas, pequeñas medianas y grandes, para seguir adelante con el ciclo. En una conferencia de prensa efectuada en Buenos Aires el viernes 7 (a la que no concurrí ningún canal de televisión, mismos que son controlados por los militares) se acordó continuar de inmediato, donde fuera, con Teatro Abierto. En el transcurso, frente a personalidades como el Premio Nóbel de la Paz Adolfo Pérez Esquivel, Ernesto Sábato y Carlos Alonso, se leyó el telegrama de adhesión de Borges: "Estoy con ustedes en defensa de la cultura".

La Asociación Argentina de Actores declaró Días de Duelo Teatral el pasado fin de semana, invitando a los asistentes a funciones teatrales a realizar un minuto de silencio y aplaudir luego "con renovada esperanza" por la existencia del teatro argentino. El sábado pasado la cartelera teatral de Buenos Aires (una ciudad que se preciaba, orgullosa de tener "un público de teatro") ofrecía 54 obras, 34 de autores nacionales y 20 extranjeros. Habrán sido algunas de las funciones más tristes de la historia. Una tristeza expresada en un párrafo del comunicado de los actores: "...Estamos de duelo porque un teatro caído es un foco de civilización que se apaga. Desgraciadamente en nuestra corta historia como país ya se han apagado muchos focos".